

Guillermo Feliú Cruz.

Jorge Isaacs en Chile



JORGE Isaacs fué Cónsul de la Nueva Granada en Santiago de Chile durante los años de 1871 a 1872. Su permanencia en la capital santiaguina fué corta, y su nombre no aparece mencionado con frecuencia ni en las pocas instituciones consagradas a las buenas letras de ese tiempo ni en los periódicos. Sólo en una revista literaria es posible seguir el hilo de la labor del escritor con ciertas intermitencias.

Las funciones oficiales de ese cargo, que lo vinculaban al comercio, no lograron interesarlo mayormente. La profesión de Cónsul fué para Isaacs un medio de ensanchar sus horizontes de artista. A pesar de proceder por el lado paterno de elementos de genuina cepa judía—su padre era de familia inglesa y judía establecida en Jamaica—Isaacs no demostró afición alguna a la vida mercantil, fuera esta comercial, bancaria o de la industria. En cambio, heredó el genio extraordinariamente poético del pueblo hebreo y todo el sentimiento religioso del alma judía. En Isaacs había algo

del clamor de los profetas. Otras dos razas agitábanse en su alma: la inglesa, por la estirpe de su abuela y la española por la de su madre.

Vale decir, la flema, la gentileza, la tenacidad sajona; la audacia caballeresca, la pasión encendida y la gravedad imperturbable del castellano. Cuando llegó a Santiago tenía 34 años. Había nacido en Cali en 1837.

El Santiago de 1871 a 1872 era la mejor capital americana. Superaba a Buenos Aires y a la suntuosa Lima. En Jorge Isaacs hizo impresión la urbe que le pareció europea.

Todavía el poeta no había contemplado otras capitales. Pero Santiago, aunque no había abandonado todavía el peso de la noche de los tiempos coloniales, comenzaba a despojarse de su pátina de aldea española. Se edificaba en un estilo de gusto dudoso y monumental. Se imitaba a la Alhambra. Se abrían pasajes como el de San Carlos. Se remozaban los portales de Sierra Bella. La Alameda ostentaba estatuas ecuestres conforme el gusto del tiempo.

El cerro Santa Lucía convertíase en un mágico peñón de ensueños. Las calles centrales las enunciaba un comercio bullicioso y alegre. Existían pastelerías y casinos. Teatros, a los cuales llegaba, de vez en cuando, una buena compañía lírica o dramática. Sara Bernhardt, Calvo, ocupaban las tablas. Las mujeres eran hermosas y elegantes. Los hombres varoniles y fuertes. El ambiente literario, brillante; el político demostraba una verdadera cultura en ese arte. Para Isaacs todo

eso era nuevo. Augusto Orrego Luco que le conoció muy de cerca habla del poeta como de un hombre todavía lugareño y encerrado en el mundo estrecho de su país. Dice que tenía muy arraigada aun la pasión política por los caudillos personales de su patria. Más que ideas en política, más que doctrinas, profesaba simpatías cordiales y odios bien acentuados por los individuos.

El liberalismo de Isaacs no estaba contenido sobre ideologías, sobre un sistema. Era una manera como distinguía a los espíritus más o menos emancipados. Liberal era un hombre que no se conformaba con la tradición. Añade que hablaba poco. Pero cuando le arrebatava un entusiasmo, su locuacidad era incisiva, mordaz. Toda su persona revelaba un sentimiento poético profundo.

Romántico en política, había hecho gestos heroicos gerondinianos en las revoluciones de su patria; romántico en literatura, escribió lo mejor de su época, en la novela. Aunque se le busque a la suya parentesco, en las herencias poéticas, como las de *Atala*, o *Pablo y Virginia*, esa obra es una realización en la descripción de la naturaleza americana. Es también un documento del estado de alma de una sociedad en formación. Las antiguas costumbres castellanas están allí bien caracterizadas.

El hogar modelo, la juventud altruísta, la angelical dulzura de las doncellas, no son productos de la imaginación. Son cosas ciertas, que en Nueva Granada,

como en el resto de la América, aun persistían intactas.

Isaacs era, además, un hombre de fervientes creencias católicas bien definidas. Era ante todo, como lo ha pintado Orrego Luco, un creyente sincero, pero que ha sabido pasar de las sombras en que se envolvía su credo a la luz de la razón. No logró dañar el fondo de la fe, ese paso del fanatismo a la comprensión. Por esto es liberal, más que por estudio y reflexión, de la doctrina política que dirá encarnar.

Las relaciones con hombres que hicieron de la vida política en Chile un sistema, un cuerpo de doctrinas, permitió a Isaacs abandonar sus afecciones por los caudillos y reemplazar el personalismo por algo en que los individuos solo sean accidente, meros ejecutores de ideas, es decir, tendrá desde entonces un programa ideológico, un cuerpo de principios. Esos amigos fueron Carlos Walker Martínez, Ventura Blanco Viel, Rómulo Mandiola, Benjamín Vicuña Mackenna, Augusto Orrego Luco, Moisés Vargas. Los menos son los liberales, aun cuando a éstos les reconozca como en el caso de Isidoro Errázuriz y de Amunátegui un credo doctrinario liberal digno de la más alta consideración y de un respeto ejemplar. En las tiendas conservadoras encontrábase mejor.

Para Isaacs constituyó una admiración ferviente el caso político de Chile. La regularidad de la sucesión constitucional durante cuarenta años desde 1831 a 1871 le pareció algo extraordinario. Para un granadino aquello no sólo era extraordinario sino verdaderamente pro-

digioso y sobrenatural. El venía de un pueblo en que las revoluciones constituían, por decirlo así, el orden constitucional, y en el que las formas de la sucesión regular del gobierno, fueron la excepción.

Las revoluciones tomaron allí todas las formas que el personalismo es capaz de crear. De las luchas religiosas más cruentas, se pasaba a las guerras doctrinarias. El ejército no supo mantenerse ajeno a las contiendas de opinión y fomentó caudillos que fueron verdaderos bandidos. Exaltó a Ovando, el asesino del Mariscal Sucre. Lo llevo a la Presidencia y se vió el caso que su más tenaz acusador, Tomás Cipriano Mosquera, primero conservador y después liberal, se aliara con el hombre que levantó el puñal contra el más noble prócer americano. Isaacs no dejó de sorprenderse del concepto de sanción que había en Chile. Una muestra de ella se la daba en forma terrible y aplastante la sanción recaída en los victimarios de Portales. El patíbulo fué la redención del crimen.

Cuando Isaacs llegó a Chile, su novela ya había sido publicada. En 1867 las prensas bogotanas la habían dado a luz. En Chile no era aún conocida. La más lejana referencia que encontramos sobre esa obra en la prensa chilena corresponde a 1870.

En ese año, Enrique del Solar al comentar un volumen de *Poesías*, de Jorge Isaacs aparecidas en Bogotá en la Imprenta de «El Mosaico», después de copiar el prólogo de ese libro suscrito en la capital granadina en 24 de junio de 1864 por José María Sam-

per, J. Manuel Marroquin, Ezequiel Vricocha, Ricardo Cascarrilla, Aníbal Galindo, Próspero Pereira Gamboa, Diego Fallon, J. M. Quijano, Teodoro Valenzuela, J. M. Vergara y Vergara, Ricardo Becerra, Salvador Camacho Roldán y Manuel Pombo—en una palabra, los intelectuales más distinguidos de ese tiempo que sirvieron de padrinos al poeta—decía del Solar estas palabras: «A más de sus poesías, nuestro autor ha publicado una novela titulada *María*, de la cual daremos pronta cuenta a los suscritores de *La Estrella de Chile*. Esta obra ha merecido entusiastas elogios de parte del poeta M. A. Caro y otros notables escritores colombianos». (*La Estrella de Chile*, mayo 1.º de 1870, núm. 135, p. 365).

Cuando estas líneas se escribieron, Jorge Isaacs no había llegado a Chile y su novela no era tampoco popular en nuestro mundo literario. No lo fué tampoco durante la estancia del poeta en Chile.

Al año siguiente de su partida, comenzó a difundirse y a llenar de emoción sentimental el alma de la juventud romántica de entonces. Es bien curioso observar que dos escritores chilenos iniciaron su carrera comentando la novela *María*. Esos dos escritores debían con el tiempo ocupar un sitio brillante en la historiografía y en la sociología chilenas. El uno se llamaba José Toribio Medina y el otro Valentín Letelier. Ambos alcanzaron un renombre que aun perdura en las letras hispanoamericanas del siglo XIX.

Lo interesante, sin embargo, es ver la posición que adoptan para juzgar la novela de Jorge Isaacs esos dos jóvenes escritores.

María es para Medina el más tierno de los idilios románticos, algo así como la continuación de Pablo y Virginia, de Bernardino de Saint Pierre, con cuya obra encuentra cierta semejanza.

Para Letelier, en cambio, María adolece de defectos de composición y estilo:

Se percibe ya al pensador de más tarde, al hombre dueño de un método crítico positivo. Medina era el lector corriente de la célebre novela y la leía con el sentimiento de la juventud. Letelier, joven también, entraba en la obra con un criterio frío y razonador.

Los dos juicios que hemos mencionado fueron publicados en la revista instituida *Sud América*, que tuvo una gran significación en el movimiento literario de 1873.

En ese año solamente comenzaba a ser conocida la novela de Isaacs entre los escritores santiaguinos. Antes, hasta 1872, último año de la residencia del poeta en Santiago, había colaborado en *La Estrella de Chile* con algunas poesías, cuyos títulos indicamos aquí: *Nema*, *Felisa*, *De Antioquía a Medellín*, *En la noche callada*, *El cabo Muñoz*, *La Virgen del Paez*, *Colombia*, *Amistad*, *En el álbum de Delfina*, *Descanso*, *Guerrero*, *La luna en la velada* (prosa), *La tumba del soldado* y *Las gaviotas*.

En la *Revista de Santiago*, de Augusto Orrego Luco y Fanor Velasco, publicó además: ¿Amistad?, ¡Siempre contigo!, La casa paterna, El primer beso, Soiré, El último arrebol y En la noche callada de Moore.

La novela *María* fué editada en diversas ocasiones. En 1877, en la Imprenta Gutenberg, de Santiago; en 1883, en la Imprenta del Nuevo Mercurio, en Valparaíso. en 1887, en la Imprenta del Nuevo Mercurio, en Valparaíso, nuevamente; en 1893, en dos ocasiones: una en la Imprenta Vicuña Mackenna y otra en la Imprenta Valparaíso, en Santiago; y en 1895 en la Imprenta de la Librería del Mercurio, en Valparaíso. En total, de *María*, de Jorge Isaacs pueden presentarse seis ediciones. Y todavía una última: la que recientemente ha hecho la Editorial Zig-Zag.